

¡Y VUELVEN A ESCRIBIR!

No ha sido estéril este año para la causa de la moral, que es la de la religión. El utilitarismo que por tantos años había vivido oculto haciendo un estrago sordo en la juventud, se vio obligado de pronto, con el escozor de una censura eclesiástica, a asomar la cabeza. Ya en los años de 1842 había sufrido esta mala doctrina un ataque vigoroso por parte de uno de los mismos que ella había seducido con el prestigio que ejerce siempre un maestro insinuante sobre sus jóvenes discípulos; pero que adelantando en sus estudios, llegó por fin a hallar la falsedad y perversidad de aquella misma doctrina. Templando en este juicio contradictorio sus armas, hubiera con ellas destrozado a su adversario, si éste no se hubiera propuesto vivir de sombras y misterios. El utilitarismo seguía envenenando a la juventud incauta. Pero hoy se ve obligado a salir fuera, su defensa es tan débil, tan evidentemente sofística, como vigorosa y unánime la reprobación que lo sepulta.

Del antiguo catedrático sustentante, de la doctrina utilitaria** puede decirse lo que ya se ha observado respecto de Bentham: notable conocimiento en leyes, pero, fondo filosófico, ninguno. No podía ser de otra manera, pues el principio de la utilidad es tan malo como superficial, cosas que, aunque aparentemente contradictorias, no lo son; nada más superficial, nada menos científico, que la negación de Dios: "es insensato quien dice en su corazón: *¡No hay Dios!*"¹, y sin embargo de esta superficialidad, nada más malo que el ateísmo. Lo propio decimos del utilitarismo: esta doctrina es profundamente inmoral y, sin embargo, no tiene más fundamento metafísico que una necia negación. Así sus defensores; si no por falta natural de talento filosófico,

*[José Eusebio Caro]. N. del E.

** [Ezequiel Rojas]. N. del E.

¹salmos. 52, 1.

por necesidad son superficiales. No hay que preguntar, pues, cómo un antiguo catedrático que lleva más de treinta años de enseñanza, se exhibe tan tristemente al verse obligado a presentar en público sus doctrinas. El utilitarismo apenas puede luchar, ventajosamente contra la inteligencia inerme de estudiantes cuya ignorancia halaga, inspirán o les mañosamente cierto espíritu de secta.

Después que esta doctrina ha sido lapidada, digámoslo así, con argumentos incontestables; no pretendemos aquí sino sacar a luz alguna muestra de su raquítica armadura. Las proposiciones siguientes tomadas al acaso de un acervo confuso publicado bajo el título de *Filosofía moral*, pueden servir de muestra de las defensas del utilitarismo. Y o se nos diga que tomándolas al acaso de aquí y allí, presentamos el sentido imperfecto y tal vez adulterado. No, ha cosas que no pueden escribirse en serio, y que de dondequiera que se tomen, deponen contra el escritor considerado como tal; ya sea que lo que antecede y sigue las contradiga, en cuyo caso el escrito es contradictorio; ya sea que su contenido se desenvuelva, en cuyo caso el escrito todo adolece del mismo defecto que tales proposiciones entrañan. Cuando las presentamos, no es con ánimo precisamente de que se dé tal o cual interpretación a la doctrina utilitaria; sino de que se vean las ridículas armas de que se valen sus defensores. Bajo diversos conceptos son notables las frases que siguen; ya por lo necias y vacías, ya por do falsas y escandalosas; coméntelas el lector en sus adentros.

Todo lo creado tiene su modo de ser.

El deseo constante y vehemente de todo hombre es gozar de buena salud.

No hay hombre que no sea utilitarista.

Entre los que dicen que no les gusta el huevo hay muchos a quienes parece deliciosa la tortilla.

Todas las ciencias tienen por fundamento la naturaleza de las cosas.

En el hombre existe el deseo de conservarse.

No es la cocinera la que da a los víveres su propiedad nutritiva.

De paso diré que es muy de lamentar que los atentados contra personas y bienes y el no pagar lo que se debe, no engañan la pró-

piedad de hacer la felicidad de los hombres; si la tuvieran, poco tendríamos que desear.

La doctrina cristiana nos enseña que las potencias del alma son tres: memoria, entendimiento y voluntad; ella no enumera entre éstas el sentido común, el íntimo, el moral, la conciencia, la razón; luego *su autor*² no las encontró y si no las encontró *fue porque no existen*³.

No hay quien no sepa que la esponja es porosa; pero hay muchos que no saben y que no pueden asegurar que el diamante lo sea.

¿Ignora un particular lo que constituye la caridad cristiana? Consulte con quien lo sepa o estudie los libros que lo enseñan; como consulta con médicos cuando está enfermo o estudia la medicina casera.

El aceite no desciende al fondo del vaso en que está colocado junto con una cantidad de agua.

Una proposición es verdadera cuando enuncia un hecho tal como es, o tal como pasa; probar, pues, que una proposición es verdadera, es probar la existencia del hecho que ella enuncia.

Si a los hombres se les prohíben el sentir o que la sangre circule en sus venas, estos preceptos no serían en el fondo sino palabras escritas o pronunciadas, porque no dependiendo de la voluntad estos hechos, sería inútil exigir su cumplimiento.

No tienen buena lógica los déspotas que para hacer a la felicidad de las sociedades, adoptan el medio de arruinar y hacer desgraciados a los individuos que las componen.

Los hombres son *como las cosas*; su valor nace de su utilidad.

¿Qué juzga el lector? ¿Son estos conceptos de un verdadero filósofo? ¿Pueden ser estas proposiciones razonables, aunque viniesen honradamente acompañadas, que no lo vienen? Antes presentándolas sueltas ocultamos aquellos defectos de método y exposición, si con nombre tan suave podemos calificarlos, que aparecen en escritos de nuestro defensor de la utilidad; aquel repetir enfadoso, aquel derivar de principios más que evidentes proposiciones enteramente extrañas y aun contradictorias; aquel asegurar que se ha demostrado lo que apenas se ha expuesto; aquel

² El padre Astete.

³ ¿Cómo han de decir después que los utilitaristas no son ortodoxos?

cohonestar con invenciones arbitrarias, contrarias al principio mismo, las repugnantes consecuencias de éste; aquella variedad de estilos y de tonos, pobre imitación, si cuier de las libertades poéticas de un Byron; aquella sinrazón aquel desorden, propio sólo del que no entiende lo mismo que sustenta.

Después de esto, ¿qué mucho que haya sufrido tan completa derrota el utilitarismo? No hay gran gloria e destruir a quien tan mal se defiende. Pero, refutada l do trina, su defensor aún no se da por vencido y sigue lu chando, es decir, repitiendo. Todos sus artículos que son repeticiones los unos de los otros, principian por est pro suntuoso lema: "Yo siempre repetiré con Galileo: *E pur si muove*". Pero lo que sigue repitiendo son los mismos sofismas ya confutados. Acompañale ahora en la liza un joven que, quizás por sentimientos de gratitud hacia su antiguo maestro y protector, pone manos en la ingrata ta ea Tan desorientado se muestra este joven auxiliar como de sentido el antiguo combatiente. Este se repite a sí mismo; el otro lo sigue *passibus aequis*. ¡Viva el utilitarismo! claman; ¡viva el Cid! Pero el Cid que traen en brazos un cadáver.

En comprobación de nuestro aserto ponemos aquí dos muestras: la primera, de las repeticiones del antiguo ate drático; la segunda, de las imitaciones del joven auxiliar tomárnoslas ambas de la *Revista de Colombia*, en que los dos se han encastillado. Al frente de la una y de la otra van fragmentos *ad hoc*, de contestaciones dadas a escrito anteriores del mismo señor catedrático. Suplicamos al lector que compare las fechas y el contenido.

PRIMERA MUESTRA

(*La República*, 23 de julio)

Todos saben lo que es "derecho" cuando se trata de cosas materiales (por aquí iniciáis el ensayo); en moral esta palabra expresa la misma idea y se toma en sentido figurado: derecho es lo que es

* [Angel M. Galán]. N. del E.

recto, es decir, lo que conduce rectamente á los hombres a su felicidad. "Lo que es recto", he aquí una noción enteramente distinta de la que "derecho" representa moralmente: la noción "derecho" es correctiva de "deber"; así definida, la correspondencia desaparece; tanto, que no os digiráis allí mismo definir el deber. Sustitúyase en cualquier pensamiento hablado la frase: "lo que conduce directamente a la felicidad", a la palabra "derecho", y se observará la inmensa diferencia entre las dos nociones. La razón que tuvisteis para dar aquella definición fue, según se desprende, el significado material y primitivo del vocablo "derecho", pero esto nada prueba, según creo ha haberos demostrado en el examen de las nociones "bueno" y "malo"⁴. A lo dicho a ese respecto, me tomo la libertad de agregar aquí la siguiente observación: en latín la idea, "derecho", *la misma* teste nombre expresa en castellano, se representa, como bien sabeis, con el nombre *ius*, que jamás ha significado "cosa recta"; luego esta noción moral no puede considerarse como una modificación del significado material de tal o cual signo, y debe definirse en general; porque ella no es el patrimonio de cual o tal idioma; ella pertenece al entendimiento humano.

(*Revista de Colombia*, 25 de octubre)

Recto es el camino mas corto entre dos puntos dado ; esto es lo que se llama línea recta.

En el orden físico, derecho es lo que es recto; no hay quien no sepa lo que es recto, no hay pues quien no sepa lo que es derecho en este orden.

En el moral, por analogía, derecho es lo que es recto; sabiendo pues lo que es recto en este orden, se sabe lo que es derecho en moral.

Lo que *dirige recta y directamente* al linaje humano a su destino, es decir, a ese modo de ser que desea y que llama felicidad, es la elección de los actos buenos, luego estos actos son los rectos; luego estos son los DERECHOS.

⁴ Véase la *República*, núm. 39.

Notemos, antes de pasar a la segunda muestra, el aire de demostración matemática que da el autor a esta ilegítima ilación, de que resulta que el sustantivo *derechic* en sentido moral es lo mismo que el adjetivo *derecho* en su acepción vulgar. Para el escritor, la significación moral de esa palabra no es una noción que como moralista debe fijar sino una especie de incógnita que va a despejarse con ecuaciones verdaderamente curiosas. Es ley de las palabras pasar de significar cosas físicas a significar cosas inmateriales; pero esta transición es misteriosa, debida muchas veces a procedimientos que no han dejado vestigio en el entendimiento; así, para conocer el perfecto sentido metafórico de una palabra no basta conocer el sentido natural de donde partió; y quien se arrogue el título de científico, al definir un término técnico lo que debe fijar es la noción que representa en la ciencia en que lo define, en vez de ocuparse en pesquisas gramaticales, cuánto menos si no sabe la ciencia de las etimologías y si gusta de suplir esta ignorancia con invenciones arbitrarias, como es la de decir que la rectitud moral supone un punto a donde uno va, y que este punto ha de ser el placer. ¿No decimos también metafóricamente inicie) *recto* al que es exacto? ¿Se infiere de ahí que es el que conduce a la felicidad? Dios es recto... al absurdo, a la blasfemia lleva la aplicación de esa supuesta ciencia. Está visto: el utilitarismo no sólo pervierte el corazón sino la inteligencia, en términos de dejarla lisiada.

SEGUNDA MUESTRA

(*La Fe*, junio 27)

No es verdad que los hombres disientan esencialmente en su modo de ver el bien y el mal; difieren en la aplicación de reglas que les son comunes. Si los hombres todos no tuviesen una regla común de calificación, ¿cómo se atrevieran a aplicarlas? Porque ¿qué es calificar sino medir, decidir si una cosa se ajusta o no a la regla? Quien dice juez dice ley. Ahora bien, todo hombre juzga moralmente sus actos y los ajenos, es decir, los mide con la vara de lo bueno y de lo malo, que no es la del placer y dolor, dado que a estos mismos la aplica, cuando los califica de más o menos buenos o malos. Tal Pue-

blo, se nos dice, juzga bueno dar muerte a ancianos caducos; luego no tenemos nociones exactas de lo bueno y lo malo. No, lo que eso prueba es que aquel pueblo aplica erradamente la noción moral: "el hombre debe favor a sus semejantes"; creen que es favor para un anciano vacilante e inútil sacarle de pena dándole la muerte; y de ahí juzgan aplicable al caso la noción general. Puede también que disposiciones aparentemente contradictorias del mismo código la indicada y la que así puede formularse: "el hombre debe respetar el orden establecido por la naturaleza", deroguen la una por la otra, en vez de armonizarlas, como hiciera una razón más ilustrada.

La misma objeción puchera presentarse contra la base metafísica de toda ciencia, las matemáticas, v. gr. Con esta diferencia, que teniendo ellas por objeto funciones universales que se cumplen un mucho más allá del alcance de nuestra percepción, su conocimiento puede ser más difícil de adquirir que el de aquellas funciones materiales cuya clave descubrimos en nuestra propia naturaleza: Empero, de qué algunos al muchos matemáticos hayan sostenido ideas falsas, no se infiere que lo sean también los principios fundamentales que les eran comunes con sus mismos émulo y que ellos atrevidamente desarrollaron. La inmutabilidad de esos principios en medio de una infinita variedad en los detalles y desarrollos, es ni más ni menos, lo que da unidad a la ciencia, lo que la constituye. Niéguese la existencia de esos principios capitales, y nada queda de común entre Tolomeo y Copérnico: la ciencia desaparece. Y cómo, su rimiéndolos, pretender que se admita en su lugar o el vacío que dejan o bien una *opinión excepcional*?⁵

Para patentizar a lo sumo la falsedad de semejante argumentación, obsérvese que ella prueba demasiado: que atenta no sólo contra la ley natural, sino contra hechos tan evidentes como la veracidad de la percepción exterior. Dos hombres ven un mismo objeto. (antes decíamos: ven una misma acción); el uno dice: "es un hombre"; el otro: "es un fantasma" (en la hipótesis anterior el uno diría: "es una acción buena"; el otro: "es una acción mala"). Luego los hom-

⁵ En efecto, rechazando las nociones morales comunes a todos los pueblos, sólo por que presentan diferencias en sus desarrollos y aplicaciones el utilitarista, trata de imponer, como única doctrina moral verdadera, una opinión VERDADERAMENTE EXCEPCIONAL: tan negativa y extravagantemente escéptica, ni más ni menos, como la metafísica los que dudan de la existencia del mundo corpóreo. Véase *La Fe*, núm. 50, pág. 37, col. 1ª.

bres no poseen una regla común para juzgar de la existencia y modo de ser del mundo corpóreo. Conclusión errónea como antes. Todos los hombres poseen datos y medios suficientes para juzgar de los objetos que los rodean, y generalmente hablando, sus conocimientos a este respecto son uniformes; las diferencias derivan bien de enfermedades o defectos excepcionales, bien de mayor o menor arbitrariedad, mayor o menor extravío o atrevimiento en la interpretación de dichos datos. Interpretárase torcidamente la ley moral en los casos supracitados, como interpreta mal los datos de la visión el que orientado por ella de la extensión luminosa de un objeto, le atribuye por la inducción una extensión tangible que no le corresponde. Casos excepcionales confirman la regla; errores aislados prueban que conocemos el camino; aplicaciones variadas, que existe una ciencia común.

(*Revista de Colombia*, septiembre 25)

Si existiera esa luz, ¿no sería la misma la moral de todos los hombres y de todos los pueblos que han existido y de los que existen actualmente? Tribus ha habido en el mundo en que los hijos mataban a sus padres, cuando éstos llegaban a la edad en que la debilidad y las enfermedades les impedían proporcionar e la subsistencia por sus propios esfuerzos. ¿Era buena esta acción? La civilización actual se estremece de horror en presencia de la ejecución de hecho de esa naturaleza, y se castiga severamente a los que lo ejecutan; pero en las tribus citadas el hecho era bueno: el que lo ejecutaba cumplía un deber...

De todo esto se deduce que no existe en los hombres esa luz que se ha llamado sentido moral.

Otros muchos pasajes, y refutaciones más extensas, más luminosas, pudiéramos citar; pero basta. Bien se deja que los defensores del utilitarismo, o niegan los oídos al que se les contesta, o se desentienden de lo que oyen siguen declamando lo mismo que antes. No es ese proceder propio de escritor que respeta al público, sobre todo tratándose de materias de tanta gravedad. Ni se diga que no atienden a tal adversario por ser persona incompetente y desautorizada; no se trata de personas sino de doctrinas y la verdad es como Dios: suele valerse de los pequeños. El público imparcial rechazando tan malas excusas, fallara severamente en una causa ya suficientemente discutida.

TE

No por esto dejarán de seguir repitiendo lo mismo de siempre los utilitaristas; porque hay escritores públicos que, como dice Moratín de ciertos dramaturgos, "escriben, los silban; vuelven a escribir, los vuelven a silbar... y vuelven a escribir".

La fe Bogotá, Trimestre II, octubre 31 de 1868, núm.25, pags. 193-195.